

DOMINGO: LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

1ª lectura (Daniel 7, 9-10.13-14): *Vi venir una especie de hijo de hombre.*

Salmo (96, 1-2.5-6.9): *«El Señor reina, Altísimo sobre la tierra»*

2ª lectura (2ª Pedro 1, 16.19): *Fuimos testigos oculares de su grandeza.*

Evangelio (Mateo 14, 1-9): *Su rostro resplandecía como el sol.*

Al caer esta fiesta en domingo, la liturgia la antepone al correspondiente domingo del Tiempo Ordinario.

La lectura del libro de Daniel nos presenta en el cielo a alguien como un ser humano frente a la terrible visión de las cuatro bestias procedentes del océano hostil. El ser humano, como imagen de Dios, tenía ya como misión creacional dominar las bestias. A lo largo de la historia se han ido sucediendo distintos imperios y formas de realizar esta tarea de dominador, de verdadero señor.

Lo que ha ocurrido es que el hombre corre el riesgo de perder el modelo, la imagen de lo divino que hay en él, y entonces en lugar de desarrollar una vida digna, sencilla y profundamente humana, la convierte en inhumana y feroz. De esta forma Daniel anuncia la instauración del reino del Hijo del Hombre, sobre otros poderes y reinos hostiles que serían los reinos de las bestias.

Así, todo el salmo 96 puede resumirse en la primera frase: *«El Señor reina, la tierra goza... Se alegran las islas»*. No empieza a reinar, reina desde siempre; este es el primer “artículo” de la confesión de fe. Dios no ha tenido que luchar contra otros dioses o poderes, no ha compartido su trono con ellos, no tiene pareja, simplemente “es”, sin otro como él a su lado, llenándolo todo, como presencia y vida de toda realidad.

El salmo vincula la experiencia de Dios en la tormenta (teofanía cósmica) con su presencia histórica y social en Israel, pueblo-guía, revelador y testigo de la gloria de Dios sobre la tierra: *«Altísimo sobre toda la tierra»*. Más que en los hechos históricos: éxodo, travesía del desierto, conquista de Canaán, sacralidad del templo, reino davídico, este salmo insiste en la sacralidad del mundo, simbolizado de manera dramática por la tormenta temerosa, que produce el agua fecunda.

La tormenta cósmica es signo universal de la presencia de Dios para los pueblos, sin diferencia, de forma que todos pueden vincularse adorando a Dios y cumpliendo su palabra. En esa línea, el cristianismo insiste en la “Encarnación de Dios”, como la culminación de la vida en los hombres, en Jesús, la palabra de Dios hecha carne.

En esa línea, tanto el judaísmo rabínico como el cristianismo han destacado el valor físico y religioso del mundo, entendido, como creación de Dios y realidad fundamental para los hombres, en contra de un tipo de gnosticismo espiritualista o extramundano.

Algo así nos recuerda el texto de la segunda carta de Pedro, que quiere evitar una interpretación fantasiosa de la imagen de Dios que se le da al hombre. Recuerda el apóstol Pedro, que él fue testigo ocular, junto con Juan y Santiago, de ese poder inmenso que se manifestó en su Maestro Jesús, cuando compartían con él la intimidad de la oración en la cumbre de la montaña.

No es casual que los evangelistas, indican siempre la montaña como el lugar preferido de la oración y es que las alturas marcan la residencia de Dios. Jesús desciende para encontrarse con los hombres y sube al monte para orar, para entrar en la intimidad con su Padre.

Jesús aparece con frecuencia en clima de oración, diríamos que su vida entera es oración perfecta con su Padre. Invita a sus íntimos a orar; no es posible orar en el ruido, ni en la ostentación, ni en la autosuficiencia; hay que salir de uno mismo y dirigirse al otro, reconocerle superior y sentir la necesidad y confianza de que nos escuche y nos hable.

Diríamos que en la oración Jesús muestra el verdadero rostro de Dios transfigurado. Y en ese momento de la transfiguración su Padre, el mismo Dios, deja escuchar su voz, como una declaración que desborda la confesión de Pedro: *«Este es mi Hijo Amado, escuchadle»*.

El camino de la pasión se va a iluminar con el esplendor, anticipado y provisorio, de la transfiguración. Mientras Jesús ora, en Él brilla la gloria de Dios. Los apóstoles querían permanecer para siempre en este estado sublime, pero ha sonado clara la voz del Padre: *«¡Escuchadle!»*.

Tienen que continuar fijándose en ese Jesús que les invita a descender de la montaña y continuar compartiendo sus enseñanzas y su vida misma, repleta de dificultades e incluso amenazada y sometida a las injusticias de los poderes de este mundo.

Diríamos que Jesús quiere que sus discípulos pisemos de nuevo la tierra, que pongamos los pies en el suelo sin dejar de mirar arriba y elevar nuestra mente y nuestro corazón a Dios. Allí está la verdadera gloria, la razón última de la existencia de la nueva humanidad que Cristo ha presentado transfigurada en el monte.